



CAMPAMENTO ESTUDIANTIL EN PIRIAPOLIS
Organizado por el Instituto "Alfredo Vázquez Acevedo" se está realizando el "Campeonato Experimental" del que forman

parte 150 personas, instaladas en el Campamento I. de la Federación Sudamericana de Asociaciones Cristianas de Jóvenes, realizando numerosas actividades físico-recreativas.



Amplitud del río y perenne turbulencia de sus aguas al escalar el paredón resistente de basalto.

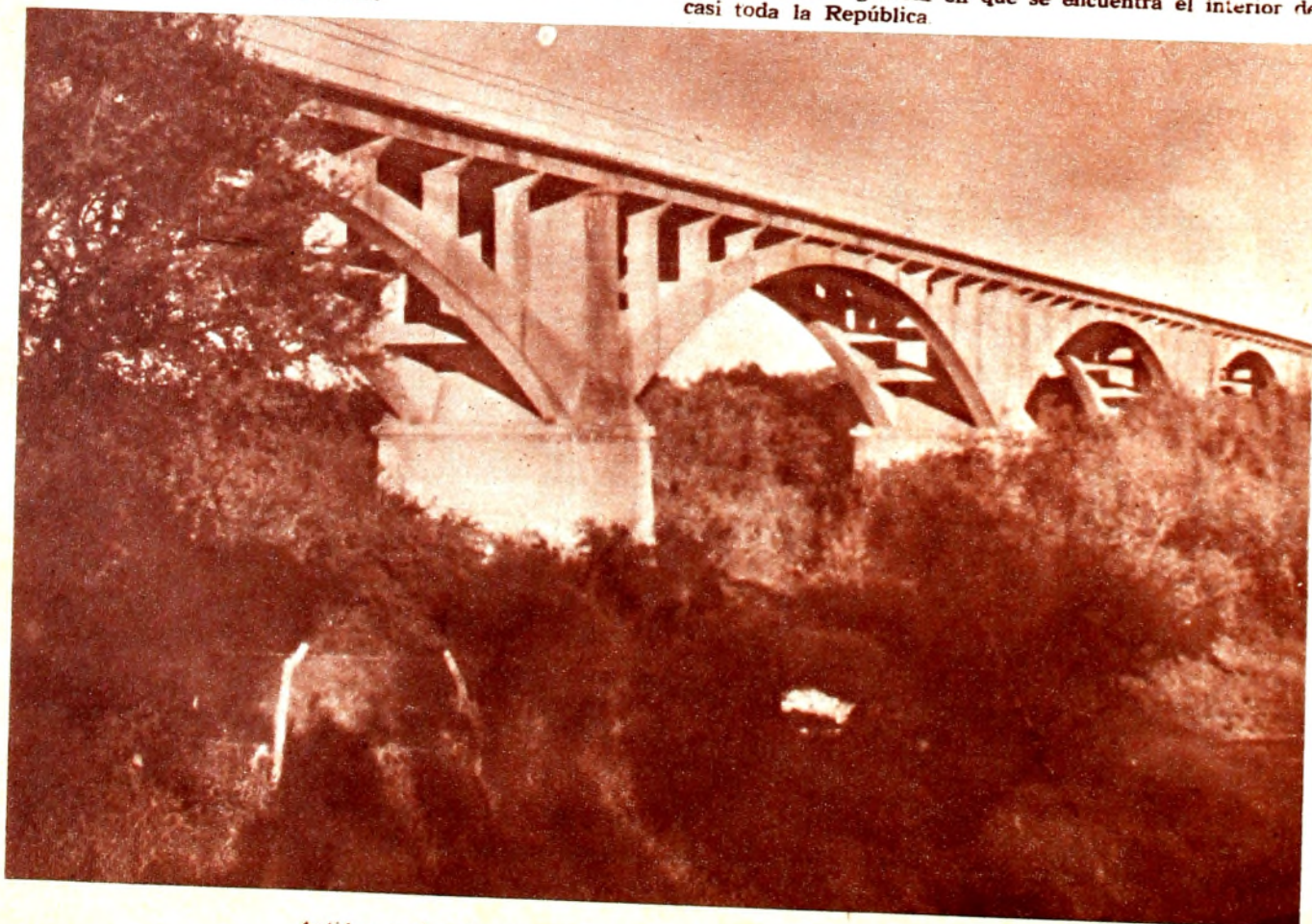


Espuma y movimiento, y kilovatios perdidos hora tras hora.

VIEJAS ESTRUCTURAS Y NUEVAS



A pesar de esta progresiva industrialización Salto se halla todavía más ligada a su etapa de centro agrícola-ganadero y comercial, reflejo en parte de la situación general en que se encuentra el interior de casi toda la República.



Antiguo y duradero puente de cemento sobre el río Daymán.

HACE unos 130 años atrás, el arribo a Salto tuvo la virtud de provocar el desencanto del famoso Arsenio Isabelle, para quien "la apatía" de los salteños resultaba incomprensible frente a los obstáculos tales como la barrera impuesta por el Salto Grande a la navegación, que tantos trabajos motivaba, sin que se tomaran medidas para mejorar la situación. Agregaba que si esas condiciones se dieran en tierra de no esclavos, ya se hubieran tomado las providencias para mejorarlas...

Tal vez el juicio del referido viajero fuera demasiado severo para los salteños, que hacia pocos años que habían integrado a la vida independiente saliendo de una época de continuas guerras en pro de la libertad, cuando que los norteamericanos habían sacudido el yugo de la opresión en fecha tan temprana como 1776, y habían encontrado ya más posibilidades para realizar obra constructiva.

De todas maneras, aunque la apatía de nuestros salteños es un mito y no una realidad, habiendo Salto progresado hasta llegar a ser una de las ciudades más importantes del país, ciertos rasgos estructurales como muchas naciones latinoamericanas, han mantenido el atraso general del Uruguay frenado en sus nobles impulsos y ahí tenemos a 130 años de la visita de Isabelle, Salto Grande, verdadera cascada de kilovatios horas, que a pesar de la turbulenta protesta fluvial, se desvanecen río abajo, que nadie procure aprovecharlos, aunque al respecto se ha escrito bastante; y ahí tenemos nuestra estructura agraria, con las arcaicas formas de tenencia de la tierra, con la proliferación cada vez mayor de los latifundios o de los minifundios antieconómicos, y la falta de ganado a campo, sin mejoras apreciables del suelo de las pasturas, a pesar de los éxitos obtenidos en las importaciones con animales de pedigree, pero que no son los propios de los campos de pastoreo, donde los rendimientos de lana son muy inferiores por animal que en Australia o Nueva Zelandia. Y ahí están los rancheros, la ociosa "disfrazada", el despoblamiento de las áreas pastoriles, de a veces hay menos de un habitante por kilómetro cuadrado; y está la macrocefalia de Montevideo, la única ciudad del país, que absorbe parte de la población activa pesina y estanca al inmigrante al no hallar éste oportunidades en el campo, superpoblado a pesar de la exigüidad de población. Y todavía está el invariable atraso del ganadero, apenas compensado por el mejoramiento progresivo de la calidad de los animales; en 1908, teníamos más ovinos que ahora, y prácticamente la misma cantidad de vacunos, cuando la población de la República, de acuerdo con el censo respectivo era de 1.043.000 habitantes, decir, poco más de la tercera parte de lo que es actualmente.

No se trata de simple apatía, sino de viejas estructuras que pesan sobre el progreso de los pueblos latinoamericanos, aunque hay quienes en nuestro propio medio oponen a la reforma agraria, porque consideran que el país no está preparado para hacerla ni para afrontarla... poco estuvo el país preparado para industrializarse, y embargo fue de los primeros en la América del Sur que supo abrirse paso por ese nuevo camino, por el cual se desarraigó nuevamente algunas malezas que habría de desarraigar para favorecer la continuidad del progreso. El mismo se vio afectado por el impacto de esa industrialización, aunque en un grado relativamente pequeño, a pesar de la abundancia de la materia prima en la región.

Cuando Isabelle arribó a la hoy flamante reina de los narancales, Salto contaba con sólo 1.300 pobladores, y veinte años después contaba con sólo 2.800. Actualmente se le asigna una población de cerca de 55.000 personas.

No fue únicamente la ganadería la que hizo progresar a esta ciudad, aunque los productos de origen animal tuvieron siempre una intensa actividad comercial. El florecimiento de Salto fue complementado en forma vital por el desarrollo de la fruticultura, la agricultura forrajera, la cerealera, el comercio y el tráfico fluvial por el río Uruguay, el intercambio con Concordia con la cual forma una conurbación, si el río fuera menos amplio; el desarrollo...

Y NUEVAS POSIBILIDADES

de las industrias, desde la primitiva saladeril y la molienda, hasta las de bebidas sin alcohol, aceites vegetales, el cuero y otras. A pesar de esta progresiva industrialización Salto se halla todavía más ligada a su etapa de centro agrícola-ganadero y comercial, reflejo en parte de la situación general en que se encuentra el interior de toda la República. De todas maneras el progreso de Salto, como el de muchos otros centros urbanos alejados de Montevideo, es frenado por el estancamiento relativo en el retroceso de la producción agraria. Por ejemplo, en el propio departamento de Salto, había en 1924, alrededor de 740.000 reses vacunas, y hoy sólo hay 600.000, a pesar de que la población del departamento ha aumentado a partir del año citado en un sesenta por ciento. La producción triguera decayó en los últimos años en forma considerable, a pesar de ciertos aumentos en los rendimientos por unidad, que dependen de las condiciones climáticas.

De todo esto no tienen culpa los salteños. Falta un plan nacional global que se aplique al desarrollo económico de todo el país, plan armónico que contemple todos los factores de actividad, que fomente el aumento de la productividad y una cultura tendiente a una mayor tecnificación. Desde la escuela y especialmente desde el liceo se deberían plantear los problemas económicos que atañen a la zona, en forma que los futuros ciudadanos conozcan mejor los problemas para ayudar a resolverlos. Ya estamos acostumbrados a oír que "nuestras playas son las mejores del mundo" (y tal vez lo sean hasta cierto punto), de que "somos la nación que consume más carne por habitante" (aunque habría que ver si es abundante la carne complementaria) y de que "nuestro cielo es tan limpio como el del Mediterráneo" (lo que es cierto). Podríamos orientarnos también a examinar nuestras posibilidades: un mejor aprovechamiento del río Uruguay, transformación de nuestras praderas, tecnificación de la producción, mayor ocupación y mayores oportunidades para los que quieren y saben trabajar la tierra, y tantas otras cosas de las que todo el mundo ya habla en nuestro país, sintiendo cada vez más estos problemas como si fueran propios...

Un extraordinario cantil de arenisca conglomerada, que se levanta junto al río Uruguay, se dobla en amplitud del majestuoso río, y se divisa a lo lejos la blanca de espuma que denota la presencia del salto, más "corredera entre arrecifes" que salto propiamente dicho; enfrente se halla la ciudad de Concordia, nuestra derecha el pequeño arroyo del Ceibal, que se une al río Uruguay elevadas por el viento las aguas del río Uruguay elevadas por el viento las aguas crecientes. Más allá del arroyo, el puerto salteño es demasiado silencioso, contrastando con el dinamismo del río. Aunque algunas lanchas y barcazas surcan las aguas de la magna corriente fluvial, y hay un club de regatas que las utiliza con frecuencia, no se advierte la estrecha relación geográfica que liga en otros países a la ciudad con el río. Podría ser causa de ello nuestra vocación fluvial como lo es también la marítima; una nación de tierra adentro, que se acerca al litoral para tomar baños...

Por lo tanto, probablemente, no se trate de una cuestión vocacional, sino de un problema estructural, de falta de planificación integral. Estamos rodeados de posibilidades, de una naturaleza hasta cierto punto vista pródiga; pero estas particularidades son sólo factores de la producción; el factor por excelencia es el hombre, con su cultura, su técnica, el sistema económico que adopta. Una comarca puede estar dotada de excelentes condiciones naturales sin tener una economía floreciente; fracasa el factor por excelencia al que antes nos referíamos.

Jorge CHEBATAROFF

Artículo para EL DIA

(Fotos del autor)

El paredón ciclópeo va siendo desgastado con el correr del tiempo, pero la barrera sólo atina a retroceder sin desmoronarse.



El río Uruguay y su tributario, el Ceibal reflejan como un cristal las luces del atardecer.



Los escolares salteños, rinden culto a la patria en un día de fiesta.



COMENZO a llover un martes. Era sábado y seguía lloviendo. Caballos y vacas, inmóviles sombras en la sombra sin límites del campo. Lúgubre aquel campo como un carbón desvahido que Doré hubiera llenado de monstruos petrificados. Las lagunetas crepitaban punteándose con un blanco moterío. Las cañadas rebasaban agua; de ellas salía el alucinante coro de los sapos. Pero toda esta profunda melancolía no llegaba al corazón de cuatro hombres que en la cocina de un rancho jugaban al truco, esfumados en el espeso humo de los cigarros cháludos y del fogón donde hervía el agua de dos calderas y una olla.

Serafín Quiroga, contrabandista, recorredor del pago, era uno de los que jugaba. Había legado sobre el mediodía, calado, transido el caballo; pero ruidoso y alegre como siempre.

—¡Ahijuna, hermano Serapio —dijo al mayor de los hermanos Carve, dueños de casa— tiempo que asquea hasta los patos! Tuvimos que enterrar el surtido, la cuadrilla se desgranó hasta que escampe, yo rumbié a tu rancho porque le conozco el calor...

—Desensillá y entrá a cambiarte, Serafín, tas ensopao. Ahora Serafín, pegado a una mesa, jugaba un truco —quizá el número veinte— de compañero con Serapio, contra los hermanos de éste, Quintín y Celedonio.

Hacia un año hacía muerto el padre de ellos dejándolos dueños del rancho, dos galpones, un chiquero, una manguera y mil quinientas cuerdas de tierra. La madre hacía tiempo que estaba entre las piedras de la sierra retobada en dos cueros. Casa y campo habían entrado como en una desolación. Los tres varones se dieron en beber y en jugar; pero sin salir del rancho. Iban a dormir rutilando los ojos, como afiebrados; y esos ojos amanecían velados, exhalando un sordo dolor. Y la hermana de ellos, Fidelia, quien en seguida de enterrado el padre les habló largamente sobre el mantenimiento de los bienes que habían recibido, estirar energías y asociar voluntades, terminó por aplastarse bajo el fatalismo de aquellas tres vidas que se semejaban tres muertes. Vivía en su cuarto doblada sobre dos agujas largas, haciendo una labor sin sentido, una malla tejida que se iba alargando junto al tiempo...

Peluquilla, pardo menudo incorporado a la familia desde que quedó sin madre —la negra Fuica, casera que

DRAMA

se crió al lado de los amos — era quien iba al comercio de Leiva. Prendía el carro cada tanto, llevaba una lista y volvía con arroz, fideos, galleta, vino... El azúcar negro, farina, caña, tabaco y yerba los dejaba Serafín.

Seguía el truco. Peluquilla cuidaba un botellón; cebaba mate y llenaba los vasos. Casi era una bestia. Lo que hacía lo hacía mecánicamente, así como el caballo rinde sus fuerzas entre riendas y tiros o la vaca entrega su leche a la mano del hombre. No poseía el conocimiento de los naipes. Pero siempre se sentaba tras Celedonio —hecho aparcero suyo— y seguía apasionadamente el proceso de los tantos. Cuando la voz de Serapio, o la de Serafín, —que siempre jugaban de cpañeros— lanzaban un retruco o un valecuatro triunfal, por el rostro del pardo pasaba una sombra dramática. Se contraía, un odio insano ponía una luz satánica en sus pupilas. Cuando Celedonio cantaba ¡flor!, aque-

lla palabra, que sumaba granos a los de su apuro, llenaba de dicha. Era tan mágica que pasaba por una transfiguración, sentía un goce recóndito... goce ccondito que rompe la cangalla.

De pronto retumbaron las palabras de Serapio: —¡Peluquilla, andá carnar un capón. Vamos por lo ancho!

*

En una punta de la cocina, que era enorme, crujía el braserío. Sobre él se abrieron los costillares que Peluquilla había atravesado sobre una parrilla negra de timbale mugre.

Quintín comenzó a gritar:

—¡Fidelia! ¡Fidelia!

Apareció la hermana. Era joven aún, y hermosa. Pero los cabellos caídos, revueltos, su vestido colgaba, su rostro inexpresivo, sus ojos fijos, caídos los brazos, hundida en la sombra de la puerta, casi desaparecida en la nube que llenaba el antro, menos que cuerpo era sombra.

—¿Qué le parece, Fidelia, si mientras se dora nos hace unas tortas fritas?

—¿Y un café negro espeso, como pa templar la mugre y el frío?

Estaban totalmente ebrios ya.

Inmóvil y silenciosa permaneció la mujer un largo espacio de tiempo. Se agudizó su mirar al clavarlo en los tres hermanos. Se crisparon sus dedos. Sus labios se garon trazando una mueca dura. Luego pasó por sobre su rostro como una paz extraña. Se aflojaron sus dedos después amasaba.

En una de sus vueltas, al pasar cerca de Serafín, insinuó un manotazo a uno de sus senos. Ella se dio vuelta. Le dijo:

—¿Me tenés por mujer de alzarla en ancas pa acá después en cualquier tapera? ¿Crees que soy botellera? se besa y después se aventa en cualquier zanja?

Quintín lanzó un grito terrible:

—¡Serafín...!

Y se enteparó llevando su diestra al cabo de un anillo que cargaba.

Fidelia habló:

—Sentate, Quintín. No ha habido nada.

El contrabandista abrió una carcajada sonora, retonó: —¡Pero, hermano, la iba a palmiar con cariño, Quintín es como de la familia...

Cuando empezaron a comer el rancho se estreñaron de alaridos, de risas y de imprecaciones. Fidelia temaba en su cuarto.

En eso oyó en la voz de Serafín:

—Ganas tengo de prender el carro, dir al rancho "las de andar" y tráir las tres chinás que Na Pura cuida...

Y en la de Serapio:

—Son dos leguas, hermano... y largas con la lluvia...

Celedonio terció:

—Mañana será otro día. Siga lloviendo y las manditos...

tráir por Peluquilla...

Fidelia temblaba en su cuarto.

Al fin, filo de la medianoche, se hizo el silencio singular e impresionante silencio poblado de quejas de hipoes. Entonces la mujer se irguió y salió de su cuarto. La luz de una vela contempló los rostros retorcidos, los entreabiertos —como de ahogados— de sus hermanos el del contrabandista, Peluquilla, que de su banco caído sobre el piso de la cocina, roncaba y gemía.

Y Fidelia abrió la puerta que daba al campo, fue al galpón donde se apilaban los mazos de chilca para la inf... nada, y los fue repartiendo frente a cada abertura, taponó con ellos las salidas. Eran las tres de la mañana, estaba cansada, agobiada. Arrimó el fuego...

Y sentada en la puerta del galpón chico vio ardiente rancho. Oyó gritos horrendos, sintió aullar largamente perrada. Y siguió impávida, estatuada sobre un banco, la puerta del galpón chico.

Cesó la lluvia. Después, como si fuera por vez primera, contempló extasiada la belleza y la limpidez del cero del alba. Y vio salir el sol, otro sol, no el de todos sus días. Y también por primera vez, después de mucho tiempo, sintió frescura en su corazón.

El rancho era una enorme pavesa humeante.

José MONEGAL

(Especial para EL DIA)

(Dibujo del autor)



Homenaje a la memoria de Santiago Fabini realizado el día 21 de este mes, en el salón de música del Ateneo de Montevideo, al cumplirse el centenario del nacimiento de esta múltiple personalidad, ejercida en una extensa y fecunda labor en el arte, el periodismo, la industria y la política.

UELVA la imaginación a levantar las verjas, a colocar en su sitio el rico portón historiado, a poner en sus pedestales las estatuas de mármol habitantes del parque, a volver a andar por él criados de librea y galgos finos, a volver nuevamente el landó guiado por lacayo de levita y a reedificar la casa y alhájela como en sus buenos tiempos, con tesoros de arte y de buen gusto, regresen los vernaderos poblados de árboles, plantas y flores oriundos de los puntos más remotos del globo, vuelen en las pajareas aves exóticas deslumbradoras de canto y de plumaje, mírense en los estanques y en los lagos artificiales, peces traídos de otras latitudes. Y cobrará vida el "Buen Retiro", que ejerció en la imaginación de los viejos montevideanos, la fascinación de un prodigio de las mil y una noches, el guetele canalizado que cruzaban menudos puentes, y lo vivía la gracia de una hora idílica y perdida, que podría narrarse como un cuento.

Porque hubo una vez un señor que fue como un príncipe, rico, bien dotado, gallardo y aventurero, que vino a tierras remotas a edificar un hogar suntuoso en un medio enorme, despoblado, que él convirtió en parque y jardín, en granja y en bosque. Y dominando las perspectivas, estaba la palaciega residencia, y en la palaciega residencia una mujer hermosa que acaso fuera una oculta princesa. ¿No parece, de veras, la trama de un cuento antiguo? Aquel señor era don José de Buschental, y aquella dama parecida a una princesa que hizo palidecer de envidia a mujeres aristocráticas de Francia y de Madrid por su belleza excepcional, era la legendaria Mariquita Buschental, castellana de aquellas posesiones que el marido entusiasta edificó en esta orilla del Río de la Plata.

Buschental venía de Europa, donde había sido amigo de Lord Palmeston, donde había frecuentado la alta sociedad de España, de Francia, de Inglaterra. El Emperador Brasil depositaba en él su confianza. Los monarcas de tantos países le habían conferido condecoraciones y titu-



La casa señorial de Buschental ejerció en la imaginación de los montevideanos, la fascinación de un prodigio.

BUSCHENTAL Y LA LEYENDA DEL PRADO

Era rico, dominaba la ciencia de los negocios, era brillante, necesario y talentoso. Un día le tentó la aventura del lejano Río de la Plata, y hacia aquí vino, como un diplomático secreto, a bordo de la "Antoinette", llegando en enero de 1849.

Imaginativo, soñador, riquísimo, construyó su residencia en el Miguelete, y de su inmenso predio inculto, hizo un parque y el palacete fue punto de cita de la élite de espíritu de la época, tertulia de artistas y escaudor propicio para lucir la esplendorosa belleza tropical de la esposa del magnate, que lucía como una flor exquisita en medio de aquel despliegue de fantasía lujosa, como si hubiera sido ideado por el marido para poner de relieve el encanto, la gracia y el embrujo de su mujer. La sociedad montevideana sabía que en la lejana corte europea, había brillado al aparecer en el salón de Eugenia Montijo, con vestido oriental resplandeciente de alhajas, un llamativo tocado de rizos de los que pendían brillantes colibríes multicolores. Belleza y opulencia con la que a hacer de la linda Mariquita, un personaje fabuloso, atractivo y aureolado de gracia y de misterio. Ninguno de sus caprichos dejó de satisfacer el acaudalado Buschental. Pero éste también puso su empeño en emprender porvenir, instaló un molino mecánico para el trigo, animales de raza en su estancia "La Trinidad", ubió en el Rincón de Solsona, pensó en la conveniencia de analizar el San José y el Santa Lucía y construir un ferrocarril de Santa Lucía a Nueva Palmira. En Paysandú Soriano fue también propietario de estancias progresivas, y a su paso iba dejando testimonios de su afán de mejorar, de enriquecer la tierra. Fue idea también la erección de un hotel grande y moderno, y entonces el famoso Hotel Oriental, tan unido en la memoria de los viejos montevideanos a las grandes fiestas de la ciudad.

Era todo un personaje, en verdad, don José de Buschental. Los hombres buscaban su amistad y las mujeres admiraban por su distinción, por su generosidad, por su vida de románticos relieves. Amigo de Urquiza y de Sarsfield, los grandes de la época no desdenaban su consejo y su influencia. Ya había dejado de ser joven cuando este hombre novelesco se cruzó la cordillera a lomo de mula, interesado en la épica aventura del trazado del ferrocarril trasandino. Pero iba declinando su salud, y la vida, pareciera que su estrella y su fortuna. Se fue del mundo al Río de la Plata.

Alguna que otra vez, volvió al "Buen Retiro". Pero la ausencia se había instalado como nostálgico huésped en la mansión de Buschental. Pasó el tiempo en la casa, vistiendo de abandono casas y parque, olvidando la maleza sobre los jardines antaño tan cuidados. El silencio sobre los grandes árboles. Un día de un anciano elegante, de cabellos encanecidos y rostro melancólico, traspuso el umbral de la abandonada residencia. Recorrió con la vista los viejos lugares avasallados por el descuido, poblados de recuerdos. Sin duda le hizo surgir Oigamos la evocación que traza don Raúl Montero, con aquel su aristocrático estilo inimitable: "Un rostro encorvado ya, el rostro cuidadosamente rasurado, una cabellera cubierta por el sombrero de copa de ante, alas, el cuello envuelto por el negro corbata, la mano al talle, las manos calzadas con guantes griegos de piel de Suecia, la diestra empuñando el juncos con un dedo de marfil, conservaba intacta la noble distinción que le asemeja a los grandes señores ingleses que pin-

tó Raeburn". Sin duda, le hizo doler el alma esa visita a tantos fantasmas que habían quedado detrás suyo. Se marchó de nuevo, y llegó al poco tiempo la noticia de que había muerto en Londres.

En "El Buen Retiro", cundió la ruina sobre las construcciones, sobre el parque, sobre los puentecillos. Todo fue derrumbándose, muriendo a pedazos en la incuria, en el olvido, que es otra forma de la muerte.

Hasta que un día el Estado hizo de la otrora enorme propiedad privada de un señor europeo que vino acompañado de mujer, fortuna y leyenda, ese precioso paseo público que es el Prado, favorito de pintores y poetas, de niños y enamorados.

El Prado es, para los uruguayos, un libro de cuentos mágicos. Porque entre sus frondas, como entre los pliegos de un viejo volumen, duermen anticuadas crónicas galantes, episodios románticos, anécdotas de otro tiempo, reminiscencias de los abuelos, lances de amor, citas furtivas, encanto de idilios, perfume de flores dadas en prenda eterna de sentimientos fugitivos, libros o misales que se cerraban sobre un secreto mensaje o un gajo de heliotropo. Y afinando el alma, todavía puede oírse un trote

de caballo cruzando por las avenidas, con su cochero en el pescante, puede verse un revuelo de sombrillas de encaje, puede seguirse la carrera de niños vestidos de marinero y sombreros de redondas alas de hule jugando con su aro, puede tropezarse, al caer la tarde, con una mujer ensimismada que venía a musitar sus versos bajo los árboles cuyo nombre perpetúa una estela de piedra: María Eugenia Vaz Ferreira...

Y de pronto, por un prodigio de alucinación, avanza por el sendero, para perderse entre las sombras anchas de la arboleda, una pareja de contornos brumosos. ¿Son acaso el príncipe y la princesa que protagonizan este lindo relato del ayer romántico de Montevideo? Sí y no. Porque Mariquita y José de Buschental vuelven siempre a la posesión que los vio jóvenes y felices, y su leyenda está tan unida al Prado señorial como la fama incomparable de las rosas que lo iluminan en cada primavera.

Dora Isella RUSSELL

(Especial para EL DIA)

(Las fotos son cortesía del Servicio de Prensa y Propaganda del Concejo Departamental de Montevideo).



Estado actual de una de las dependencias de la quinta de Buschental.



Panorama del Sil, a su paso por el puente, ya modernizado, que en tiempos de los romanos bautizó a la ciudad: "Pons ferrata".

TODOS los españoles tienen un tío en América. Por lo menos un pariente lejano que toma credenciales de tío en las conversaciones previas a los deseos emigratorios. En cualquier caso, tío o pariente lejano, todos los españoles, a poco que zarandeen su árbol genealógico, han de encontrar una hoja familiar que el viento llevó, a través de los mares, al Continente Nuevo. Quinientos años de transfusión de sangre han abierto muchos regueros de parentesco. Por eso es muy difícil caminar por la Península sin tropezar con recuerdos americanos.

Unos viven en los cariños separados, latentes de morriña. Otros permanecen en el tiempo, casi mitológico, de cuando los dioses, como decía el escritor, nacían en Extremadura. Muchos han muerto en el desván de las genealogías. Muchos más, en fin, trasladaron hace ya tiempo, a las antiguas Indias la sucesión, y en el cruce del mestizaje o en el prevalecimiento de otros apellidos troncales, se esfumaron en los Registros civiles, quedando de ellos apenas memoria.

Pero a poco que se hurgue el polvo; a menos que se hojee un pergamino, o se lean las inscripciones sobre las tumbas, contra las fachadas; o se repase la crónica de cualquier ciudad, villa, pueblo o aldehuela, han de aparecer, de seguro, si no un conquistador, un emigrante, que anudaron para la eternidad el lazo fraterno de una raza común: la Latinoamericana, Hispánica o Iberoindia.

Con ese afán de hallar relaciones, regresé a España, justo por el lugar que más las aviva en estos momentos: Galicia. Ya es un tópico la dulce región celta y, por ahora, voy a seguir camino.

Por andar lo mejor y ambientarme más en mi modo de ver la tierra y comprenderla, comencé a leer durante mi viaje en el tren, por las montañas que me llevaban a León.

"En una tarde de mayo de los primeros años del siglo XIV, volvían de la feria de San Marcos de Cacabelos, tres al parecer criados de alguno de los grandes señores que entonces se repartían el dominio del Bierzo."

Hay libros que sin proponérselo, son las mejores guías de una región o una ciudad. Más completas y menos frías, sin duda, que los vademecums oficiales de turismo.

Dos recuerdo en este momento: LA GLORIA DE DON RAMIRO, imprescindible para una visita a Avila, y EL SEÑOR DE BEMBIBRE, de donde es el párrafo con el que entré de Galicia a León y que terminé de leer en Ponferrada, capital y mirador de la zona donde se desarrolla la novela.

Patinan en Ponferrada los tejados sobre las calles y éstas resbalan por la pendiente hasta la hondonada del río Sil. Después, el valle pareciera rehacer los edificios, ya remozados, quedando establecidos los límites de los barrios por la frontera de la corriente. Dos épocas. Cada una con sus años. Años largos de historia, unos. Cortos en el progreso, otros.

Ponferrada, fortaleza con foso natural, se erguía tras el puente romano, sin pretiles, afianzando su orgullo en la soberbia de los templarios. Pero esta soberbia fue derribada por la codicia de los reyes y los nobles, los poderosos monjes guerreros, más celosos de su deber, olvidaron la razón de su existencia.

UN CASTILLO, UN VIRREY

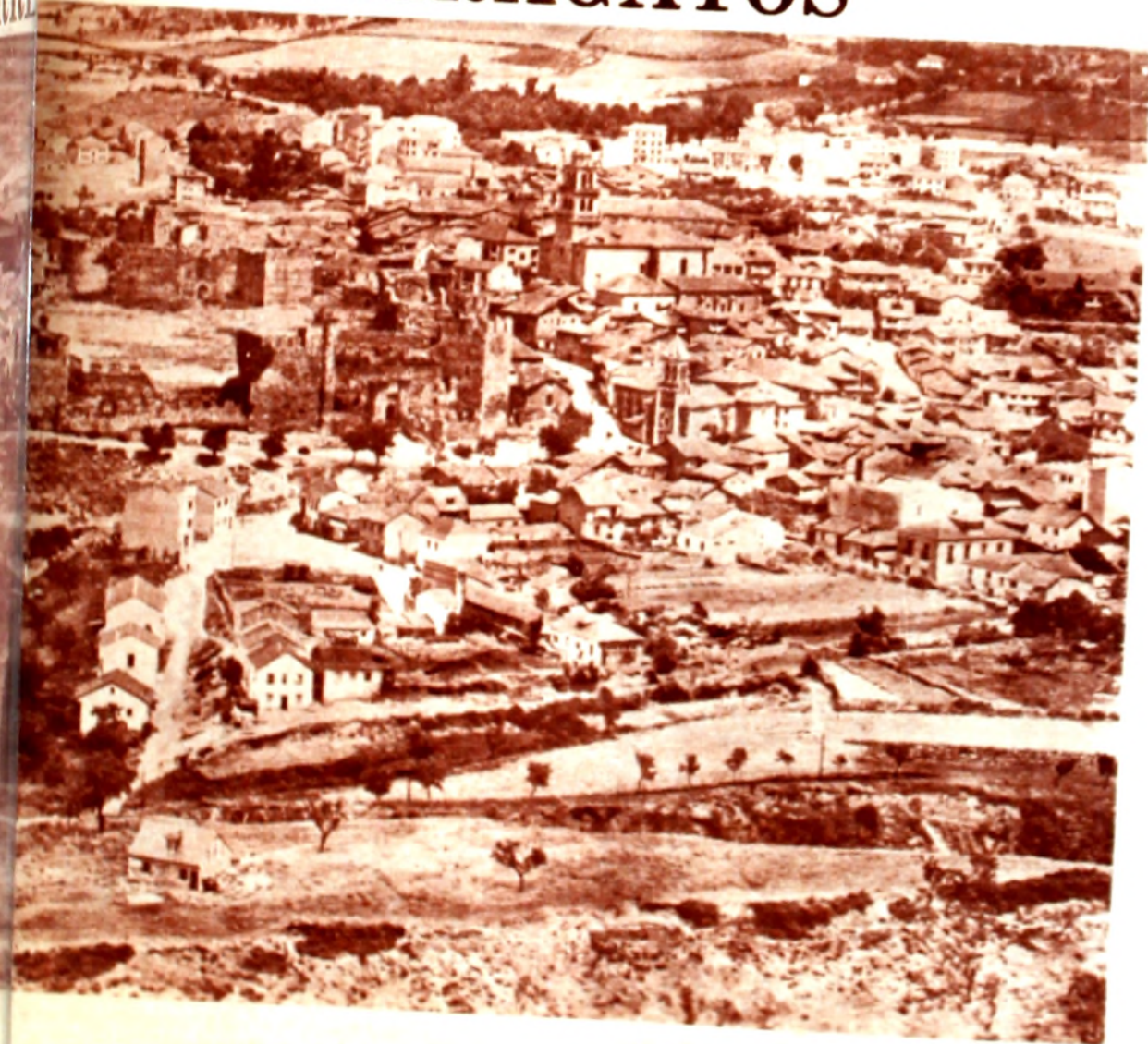


El río Sil, frontera de siglos en un mismo puente.



Fortaleza de los Templarios en Ponferrada.

LOS MARAGATOS



Cuántos siglos desde entonces acumularon olvido sobre el castro romano y la ciudadela medieval.

Hoy, Ponferrada, centro igual que antaño de la espléndida región leonesa que se llama el Bierzo, apunta a los viejos lugares que fueron feudo de los templarios, pero sólo ya como índice de ruta turística:

"Por aquí, a Bemibre, a Cornatel, a Carracedo, a Villafranca del Bierzo..." "De todo apenas quedan las señales", lloraría el poeta.

Sin embargo, de estas señales que apenas quedan, yo recogí una. Más nueva, menos ruinosa pero tan aiada como todas, por la memoria. Señal de esas que surgen al paso, si éste pisa firme en el polvo que borran los recuerdos.

Año 1742. En Villafranca del Bierzo nace don Antonio Olaguer Feliu y Heredia. España, aunque sea a boqueadas, aún pelea. Por eso el leonés, armas al hombro de su afán, recorre su patria, ancha todavía entre las orillas de dos océanos.

El joven militar cambia sardinetes por galones y raciones por entorchados, a cada golpe feliz de la milicia. Esta le lleva a América. Le baía al Río de la Plata. Le ve luchar en la Colonia del Sacramento. Le encumbra a la primera magistratura, "por pliegos de providencia".

Así es virrey, después de haber sido gobernador en Montevideo, don Antonio Olaguer Feliu y Heredia, el leonés del Bierzo.

Dos años nada más, y aun escasos, le dura el cargo. En ellos se dedica con preferencia a la Banda Oriental. ¿Por qué? Los historiadores rebuscarán sus razones de Estado, de estrategia, de...

Yo, al cruzar el Bierzo y pasar a Castilla por la región de la Maragatería leonesa, he razonado así:

El virrey del Río de la Plata, Olaguer Feliu, añoraba su provincia natal, cada vez que al asomarse a la campaña uruguaya, hablaba con los maragatos (1) de San José. Y en él, como en mí ahora, debían entremezclarse estos "tocayos" geográficos, los maragatos orientales y los españoles, ambos con su hábito peculiar y sus pantalones abombachados.

Agustín ARNAIZ

(Especial para EL DIA) — Madrid, julio, 1963.

(1) "La Maragatería", o "País de los Maragatos", es una comarca sita al S.O. de Astorga, provincia de León, en España. Casi todos los maragatos se dedican a la arriería. Descienden de un grupo de berberiscos que se quedaron entre Astorga y León, en los días de Alton o I, fundando el extraño pueblo de "Malagoutos" derivado en "Maragato", que conserva aún en nuestros días su traje, acento y costumbres berberiscas.



San Pedro, Salomón y Moisés. Las figuras son alargadas, estilizadas. En los ropajes vemos un sentido decorativo de tendencia geometrizable. En la escultura de los capiteles se aprecia al mismo tiempo la ingenuidad del escultor medioeval y su imaginación frondosa.

Joya del Arte Románico: SAINT-LOUP-DE-NAUD

El románico, padre de los estilos franceses, lleno de reservas y de energías, ha producido toda nuestra arquitectura. El arte del porvenir deberá penar, ahora y siempre, en su principio.

AUGUSTE RODIN

A unos 80 kilómetros de París, sobre la ruta nacional N° 19 y próximo a la localidad de Provins, se encuentra un pequeño pueblito de apenas 700 habitantes, poseedor de uno de los más antiguos monumentos del arte románico en Francia, desconocido por la mayoría de los turistas y amantes del arte.

Es necesario apartarse de la carretera principal y tomar un solitario camino vecinal — ya es una delicia el atajo por el maravilloso panorama de la campiña francesa — para llegar al pueblito.

Allí se respira esa paz y tranquilidad típica de las pequeñas aldeas francesas. Se siente uno transportado a otro siglo, en medio de ese paisaje bucólico y allí se encuentra esta maravillosa y minúscula iglesia.

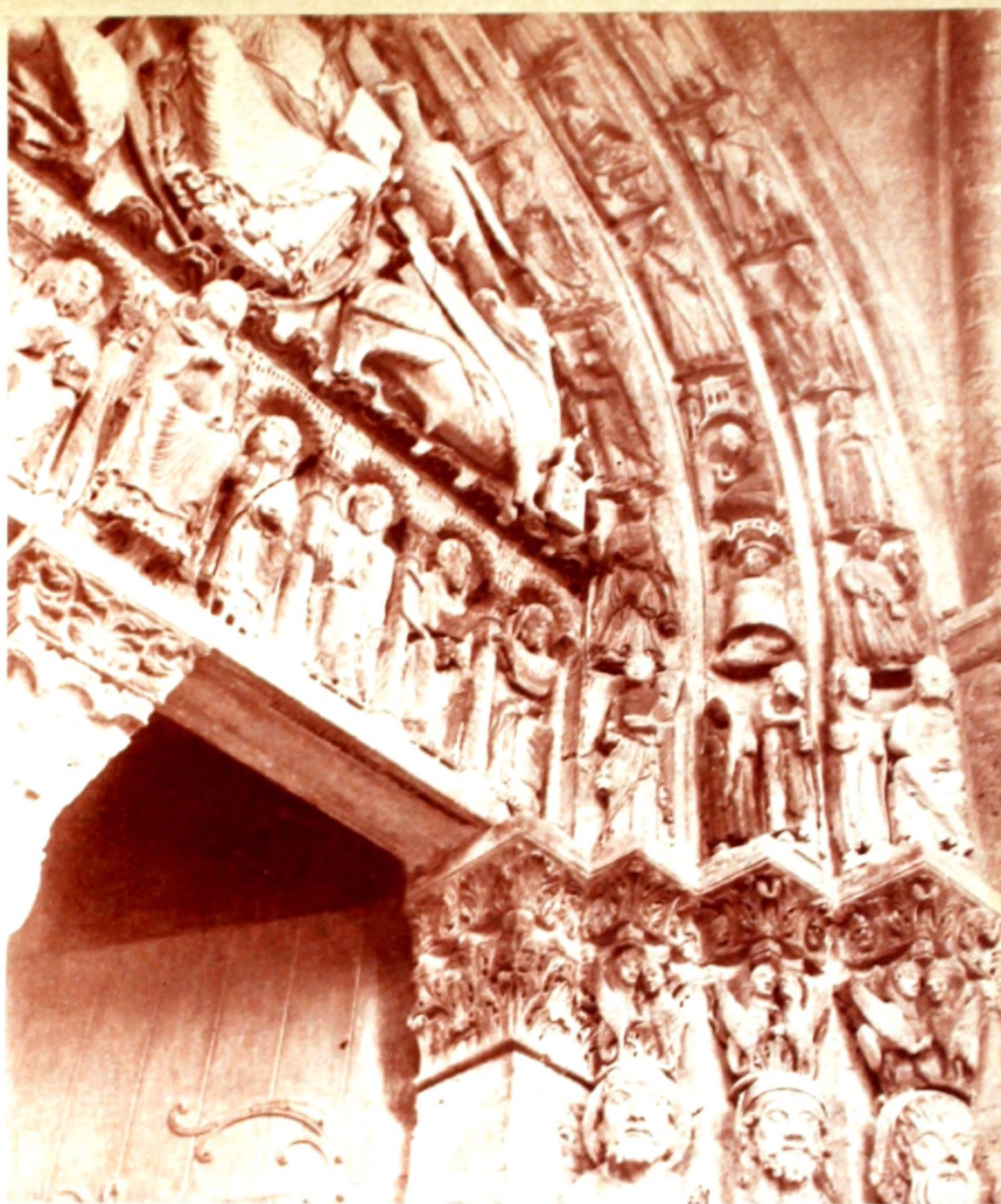
Para visitarla — según reza un letrero clavado en el portal — se debe pedir la llave en un restaurant que hay enfrente y franqueada la entrada se puede recorrer el pequeño templo tranquilamente, sin apresuramientos, sin guías que reciten su lección de memoria y nos molesten en nuestra contemplación.

La parte más antigua, es de fines del siglo XI formada por el coro, el ábside y el transepto poco saliente, sobre el que se yergue el campanario de planta cuadrada, de construcción recia y robusta.

La nave está techada con bóveda de medio punto, que descansa sobre macizas paredes reforzadas exteriormente con contrafuertes, en las que se han abierto, tímidamente, pequeñas aberturas.

Posteriormente, los arquitectos góticos irán siendo cada vez más audaces: aumentando por un lado el ancho de las naves y por otro ahuecando cada vez más las paredes, hasta convertir aquéllas en verdaderas cajas de vidrio.

Pierre Lavedan, Profesor en l'Ecole des Beaux Arts, explicaba en sus clases de Historia de la Arquitectura que: "el gótico se distingue del románico no solamente por las nervaduras de las bóvedas y el trazado de los arcos, sino también por el afán de altura, por la espiritualidad que se desprende del predominio de los vacíos sobre los llenos; por una decoración muy abundante, que tiende cada vez más a escaparse de la arquitectura y a vivir su propia vida; en fin, por el naturalismo de esta decoración, que expresa una verdad real y familiar en vez de la estilización y los esquemas geométricos del románico".



El tímpano en el que se ve la estatua de Cristo, rodeada de símbolos que representan a los cuatro evangelistas. Se aprecian además diversos personajes. Es una decoración profusa, pero que no destruye la forma arquitectónica.

dante, que tiende cada vez más a escaparse de la arquitectura y a vivir su propia vida; en fin, por el naturalismo de esta decoración, que expresa una verdad real y familiar en vez de la estilización y los esquemas geométricos del románico".

El magnífico portal de entrada que se halla resguardado bajo un porche de planta cuadrada, fue construido casi un siglo después (por el 1170) y allí hace su aparición el arco apuntado u ojival, en vez del arco de medio punto que techa el resto de la construcción.

En el "trumeau", la magnífica estatua representa a Saint Loup, mientras que a un lado y otro del portal se hallan esculpidos seis personajes bíblicos maravillosamente estilizados, alargados en su figura; en los capiteles los escultores románicos dieron rienda suelta a la imaginación creando figuras fantásticas. Podemos apreciar en ellas las principales características de este arte: adecuación de la escultura a la forma arquitectónica, ingenuidad y un cierto candor que le da un encanto especial.

Estas esculturas son posiblemente de las que mejor se han conservado del arte románico del siglo XII en Francia, pues felizmente no han sido dañadas por ninguna de las guerras, como tampoco en el período de la Revolución.

Emile Bréhier, eminente historiador, gran conocedor del medioevo, nos sintetiza en esta frase las características de este arte: "La arquitectura románica ha surgido del suelo francés por los materiales de sus edificios, por su técnica, por su estilo, donde se refleja, sobre modos variados sin duda, el genio de la raza, hecho de orden y de claridad, pero no sin una cierta fantasía, que ha podido llegar en algunas provincias hasta la exuberancia".

Al alejarnos, lo hacemos con una cierta nostalgia, dejando en este perdido pueblito, el magnífico representante del arte románico que es Saint-Loup-de-Naud.

Arq. César J. LOUSTAU

(Especial para EL DIA).

(Fotografías del autor).



estatua de Saint Loup.



Se ve la estructura pétrea maciza, pero el anuncio el advenimiento del arte gótico.



Vista general de la iglesia de Saint-Loup-de-Naud, donde se pueden apreciar las características del arte románico: sensación de solidez, composición de volúmenes simple, desnudez de las masas, adherencia al suelo, pocas aberturas. Es un arte franco, que no busca subterfugios ni sutilezas.



CONCEPTOS: ING. AGR. E. F. CAMPAL.
DIBUJANTE: JOSÉ R. ACOSTA.
PAYSANDÚ MAYO DE 1963.

REFERENCIAS AL MAPA SOBRE DISPERSION DE GANADO

(1) Núcleo bovino de Asunción formado con ganados de San Vicente (1555) y del Perú (1569). Fue el plantel básico de casi todo el ganado rioplatense; (2) Región ganadera de Corrientes formada al fundarse esta ciudad (1588) con ganados traídos desde Asunción por Hernandarias; (3) Región ganadera de Entre Ríos que pertenecía a la jurisdicción primitiva de Santa Fe, comenzó a poblarse con estancias de ganados mansos traídos desde esa ciudad a fines del siglo XVII, entre ellas una de Hernandarias. Habitaban esa región los charrúas que se hicieron ecuestres y se asociaron con los santafecinos en las tareas de vaquerías; (4) Campos de San Gabriel o de la Tierra Firme de San Gabriel, fueron los primeros que se poblaron con el procreo de las 50 vaquillonas que hizo echar Hernandarias en la "tierra firme" en 1617; (5) Primitivo núcleo ganadero de las Reducciones del Tape formado con ganados adquiridos por los Jesuitas en Corrientes (1634). Trasladadas esas reducciones al occidente del Río Uruguay alrededor de 1640 por el "maloqueo" de los mamelucos quedó algún ganado disperso en la región;

PARA ubicar las vaquerías que realizaban los santafecinos en la época y lugar debidos es preciso recordar cómo se difundió el bovino, y cómo éste y el caballo determinaron un cambio radical en la vida del indio. Tanto en la del charrúa, cazador y pescador de la penillanura graminosa, como en la del guaraní, recolector e incipiente agricultor selvícola.

Los primeros ganados que pastaron en los campos del Río de la Plata fueron traídos desde el Paraguay en oportunidad de las respectivas fundaciones de Santa Fe (1573), Buenos Aires (1580) y Corrientes (1588); y fueron "los mancebos de la tierra" de Santa Fe (hijos de españoles e indios del Paraguay: "gente amiga de lo nuevo y de mucha ventolera") los precursores en la organización de estancias, las que a partir de 1590 también establecieron en la margen izquierda del Paraná, actuales departamentos Paraná y La Paz de la Provincia de Entre Ríos.

Hernandarias, "El Hijo de la Tierra" que traía en la sangre por vía de sus ascendientes españoles la vocación ganadera, había formado en ese lugar una gran estancia y anteriormente otra en el Salado Grande (Santa Fe). Desde esta última hizo llevar los ganados que puso en la Isla del Vizcaino y en la "tierra firme de San Gabriel" (1611 y 1617).

El tercer lote que ingresó a la región oriental del Uruguay, más numeroso, fue llevado por los jesuitas desde Corrientes a las primitivas Reducciones del Tape en el año 1634.

De esas tres introducciones descendían todos los ganados que al comenzar el siglo XVIII poblaban la Banda Oriental en la forma que hemos procurado reproducir en el mapa adjunto, confeccionado en base a muy diversas

(6) Vaquería del Pará o del Mar, nombre que le asignaban los indios cristianos de Yapeyú hacia 1690. Se pobló con los mismos ganados del (4), que desde los primeros tiempos fueron muy abundantes en la cuenca del Cebollati debido a las excelentes pasturas y a la protección de las serranías; (7) "Campos del Uruguay y Río Negro" que a juicio del autor, no se poblaron con ganados misioneros, sino con los que pudieron emigrar de la actual Isla del Vizcaino, vadeando el Canal del Yaguarí; (8) "Vaquería de los Pinares" del Planalto Riograndense formada por los jesuitas al finalizar el siglo XVII con ganados recogidos en las antiguas Reducciones del Tape; (9) "Estancia del Rincón del Cuareim", la primera que formaron los yapeyuanos en la margen oriental del Río Uruguay con ganados llevados desde la Vaquería del Mar a partir de 1694. Allí amansaban, loteaban y marcaban los ganados destinados a las estancias "tupambaé" de los restantes pueblos de las Misiones; (10) Región de los Siete Pueblos de las Misiones Orientales, donde se criaba ganado en menor escala; (11) Las partes en blanco de la región Oriental del Río Uruguay, eran las que al comenzar el siglo XVIII tenían menos ganados.

referencias de la historiografía y cartografía coloniales.

EL CHARRUA MONTA A CABALLO. — El éxito de la colonización ganadera de Entre Ríos queda demostrado por la siguiente declaración de Hernandarias de fecha 15 de abril de 1627: "Fueron dichos ganados multiplicando en gran manera porque nunca hice matanza, ni vendido, sólo novillos... por lo cual fue en gran crecimiento y extendiéndose por todas partes: pues ahora veinte años atravesando toda esta tierra (la de Entre Ríos) con 50 soldados para la jornada del Uruguay, hallamos ganado más de 10 leguas de la dicha mi estancia".

Además de ganados los santafecinos habían introducido caballos mansos y potros; y dado que los charrúas habitaban esa región, fue allí y entonces que aguantaron los primeros corcovos, hasta hacerse diestros jinetes de "en pelo".

Como peones vaqueros, por el servicio de "reparar" los ganados para que no se "alzarán" por los montes, los santafecinos que siempre se entendieron muy bien con ellos, daban a los charrúas yerba, tabaco para mascar y desjarretaderas de acero; todo ello con manifiesta contrariedad del Gobernador Hernandarias, quien vivía preocupado ya entonces por el riesgo que corrían los ganados.

Para que los criollos no "gastaran sus haciendas en comprarla" y evitar que se convirtieran en "viciosos, haraganes y abominables" Hernandarias hizo quemar en Santa Fe una importante partida de yerba recibida del Paraguay. Además como los santafecinos y charrúas ya habían comenzado a desjarretar toros y vacas a la carrera, más por diversión que por necesidad, les confiscó las enastadas medialunas.

En cuanto al tabaco conviene recordar que al prin-

cipio sólo se le usaba para mascar y que no los indios e indios aprendieron a armar cigarrillos con papelitos importantes y hasta los archivos de antigüedades fueron enteramente quemados por los chasqueiros y soldados que se disputaban en el saqueo los efectos infolios.

Los ganados cimarrones de Entre Ríos y los de los pos del Uruguay y Río Negro fueron patrimonio de la aparcería santafecino-charrúa por lo menos desde 1749, fecha en que Andonaegui dispuso la gran campaña contra estos indios. Ni los españoles de Buenos Aires, ni los de Corrientes, ni tampoco los indios cristianos de Yapeyú, pudieron nunca extraer ganados de esos territorios. El charrúa, ahora bien montado, con boleadoras y lanzas de acero, guardando todos los pasos de la zona, dueño absoluto de la tierra donde abundaba el cimarrón. Para efectuar "recogidas", para cuerear, era imprescindible pagar a los charrúas, como hacían los minuanes en el Sur y Este de la Banda Oriental, elevados tributos en caballos, tabaco y yerba, amate, ponchos y cuchillos.

Pretendiendo el P. Nursdorffer en 1752 poblar a los indios cristianos de San Luis al sur del Modelo, todavía hoy límite de las Provincias de Corrientes y Entre Ríos, lo detiene el cacique charrúa Don Gaspar. Le dice: "Que la tierra que querían poblar era suya, de sus abuelos, y que eran suyos sus pasos, y que no podía dejar de usarlos".

TAMBIEN MONTAN LOS TAPES CRISTIANOS

A poco de establecidas las primeras reducciones, dieron los jesuitas que no era posible una buena cosecha de almas para el cielo con el sólo pasto espiritual. Buscaban afanosamente lugares donde el otro pasto, formado en carne y leche, ayudara a la catequesis. En los montes donde el ganado no prosperaba, estos indios cabecera de puente de la pecuaria misionera de Yapeyú, justo en el límite norte de las excelentes mesopotámicas y orientales del Uruguay.

Aquí también el indio de a pie montó a caballo, sin boleadoras ni lanza, porque — ya lo dijimos — recolector e incipiente agricultor selvícola. Sus caballos frecuentemente mulas, no eran ni abundantes ni fáciles, aunque sí muy resistentes para las marchas largas al paso o "sobrepaso", aire de marcha característico hoy de los montados paraguayos, correntinos y riograndenses. Por eso los paisanos de nuestro norte son buenos jinetes, aunque inigualables en el manejo del caballo y en el arte de conducir ganados.

Este indio prefería el "tapichí" al matambre, también mascaba tabaco y mateaba en grande; y en el charrúa, en cualquier descuido de los padres se arachaba hasta el crimen que surgía imprevisto en el breve cuchillo, desde la faja que sostenía la "tan-

"MEMORIA PARA LAS GENERACIONES VIERAS..." (1). — Los primeros troperos (o arrieros como se dice en la Argentina) de la Banda Oriental fueron los indios cristianos de Yapeyú, quienes por orden de P. P. Jesuitas comenzaron a poblar una estancia en el con el Cuareim (ángulo sudoeste de Río Grande del Uruguay) con ganados llevados desde el Pará o Vaquería del Tape. Lo sabemos por la "Memoria para las generaciones de los indios misioneros del pueblo de Yapeyú" fuera encontrada en poder de un viejo corregidor guaraní traducida de esta lengua al español en 1826.

Esta memoria muy sintética, aunque de gran importancia para la historia de la ganadería uruguaya comienza en 1657 y termina en 1708. A partir de 1694 los yapeyuanos hicieron recogidas de ganados cimarrones probablemente en los actuales departamentos de Lavalleja, Rocha y Treinta y Tres (la cuenca del Cebollati que era la más rica en ganados) y los condujeron hasta el Cuareim siguiendo Cuchilla Grande, puntas del Río Negro, Cuchilla de Santa Ana, etc. Sostuvieron varios encuentros y padecieron muchas muertes por manos de los minuanes, entre otras del capataz Don Benito Tamurá.

Después de amansarlos y acostumarlos al rodeo en el Rincón del Cuareim, estos ganados eran marcados distribuidos entre las estancias "tupambaé" de los restantes pueblos bajo la supervisión de los jesuitas, pero con intervención directa de corregidores y capataces indios todos ellos elegidos entre los más inteligentes y capaces en materia de "cuentas". Como homenaje a esos precusores de la ganadería organizada de la Banda Oriental consignamos aquí sus nombres. Se llamaron Don José Cuatari, Don Melchor Caguá y Don Tomás Tamandé (corregidores y mayordomos de estancias); y Benito Guebarra, Javier Guará, Juan Guiraragué y el ya referido Benito Tamurá, capataces.

Para terminar esta nota importa señalar por su relación con los orígenes de Paysandú, que los ganados misioneros en 1710 apenas llegaban a la costa del Arapeyú, fecha en que abundaba el ganado cimarrón en los actuales departamentos de Río Negro y Paysandú, como lo veremos.

Esteban F. CAMPAL

(Especial para EL DIA)

(1) Esta memoria fue publicada por primera vez por don Domingo Ordeñana en sus "Conferencias Económicas y Sociales" de 1912, copia de la entregada por los indios misioneros de Bella Unión al Gral. Julián Laguna en 1832.

60

Instrucción para el Alférez de Dragones D. Fernando Cosío
a cuyo cargo queda por ahora la Nueva Villa de S. Carlos.

Siendo muy conveniente al Servicio de S. M. que se establezca
quien atienda los nuevos hacendados de esta Villa, se dedicará con todo
empeso en que se hagan con la mayor brevedad las Casas, y principal-
mente la Iglesia, con panderas de piedra ó de adobe, según la parquía
que se puede concluir mas presto, y el Cubierto para hueras, prontamente
hecho, de paja, vno y otro entre tanto que se pueda hacer de otra ma-
dera.

Cuidará de que los Vecinos tiendan casas, alberges, y posadas
en abundancia, como tambien Calabazas, y demas cosas que la
estacion permitiese, fomentandolos para ello los Reyes y demas
auxilios que necesitaren.

Nombrará quatro Comisarios de Pueblo, de los que congo por mas
fidel al Rey, y Capaces de distribuir las ordenes a los Vecinos, fomen-
do una luta en que se expusien los nombres de los dueños que cada Co-

Copia fotostática de la "Instrucción de Cevallos a Cosío". Octubre de 1763. (Archivo General de la Nación. — República Argentina).

AN CARLOS Y SU BICENTENARIO

Este año en que conmemoramos el bicentenario de nuestra ciudad natal no es posible dejar de tratar en particular en estas crónicas la importancia de su historia.

Esta Población, núcleo esencialmente civil está colada en el corazón de la Región, en el camino real de video a Santa Teresa y Río Grande, y es pasaje —empero no el único aunque si el más accesible— de la riqueza económica como de los regimien-tilares.

La importante categoría de "entrada", ya que en la técnica del derecho hispánico, significa la penetración.

La existencia de nuestra Villa fue vital a los fines de la nación del dominio de España en esta región del nuestra actual República con todas las consecuencias económicas, sociales, políticas y espirituales que im-cho hecho de la jerarquía pobladora, tal cual la os-este pueblo de isleños.

Empero, el presente aserto no debe conducirnos al a creer que San Carlos fue una formación perfecta obedeció en un todo a las prescripciones de Indias. Desde este punto de vista estuvo muy lejos de ello. La formación —cuya demostración histórica realizare-mo desmedra su labor, sino que por lo contrari-

Nuestra Villa no fue llevada de la mano —permítame expresión— por las autoridades. Así, aunque el Cevallos quería que perdurara y floreciera, ea aspectos dificultó el desarrollo de la Villa de su

La población se inició con un enorme caudal de por su parte Cevallos aspiraba dotarla de todos los elementos propios de una formación a tono con las de Indias. Así hemos visto que este General aún en el Río Grande disponía que el Capitán don Domingo —aquel magnífico baqueano y eximio de las campañas orientales— pusiera su enorme saber y experiencia al servicio de la obra pobla- en a orillas del Maldonado Chico estaba practicando de Mendinueta.

Dominguez debía indicar las tierras adecuadas para y sus términos.

Decir que cada vecino isleño de la Villa tendría estancia. En cambio, ocurrió así?

Hemos decir que no. Cuando Cevallos al retornar a Río Grande se detuvo en el paraje, concedió sólo siete sobre tierras. Patronímicamente conocemos a tres beneficiarios.

La solución muy precaria y a petición de parte. En las únicas nos hemos ocupado de ella y señalado que el comandante de Maldonado, don Lucas Infante quien

le indicó el lugar geográfico preciso de su licencia, con el asesoramiento técnico del Teniente Pícolomini.

Quizá pensara Cevallos en una próxima y adecuada entrega de tierras a los isleños de la Villa; mas el hecho real fue otro. Las posteriores tierras dadas a nuestros azorianos fueron las entregadas por aquel Comandante con expresa autorización de Cevallos.

Existen unos párrafos muy expresivos. Corresponden a un oficio de Infante a su Superior en el que le dice: "Esta gente está ahora muy contenta desde que ha sabido de que V. E. es gustosa y tiene a bien de que se les vaya dando algunos parajes a donde puedan tener sus animales"

Es explicable este "gozo" de los isleños, si recordamos que la mayoría de ellos arribó al paraje del Maldonado Chico con gran porción de ganado propio.

El oficio de Infante es además muy ilustrativo por lo que de inmediato agrega: "...los que he dado algunos acorde en todo con Pícolomini que es muy práctico y sabe muy bien los parajes el que conviene o no, y de esta suerte me voy manejando poco a poco".

Surge, pues, —y con toda claridad— que aquel grupo tan denso, activo y rico de vecinos no se vio proyectado de inmediato —y por acto oficial— hacia las tierras próximas.

Aquel caudal de energías, aquel afán de proyectarse y aplicarse a obra útil y fructífera, rasgos básicos de estos isleños por formación histórica en hábitos seculares, constituyó fuera de duda, la fuerza efectiva que puso en juego a la labor oficial, aunque ésta fuera la del propio General Cevallos.

Los vecinos urgían a las autoridades. Véase lo que dice Infante a Cevallos en oficio de fecha anterior al transcripto precedentemente. "También he tenido —expresa textual— algunos memoriales de los vecinos de aquel Pueblo pidiendo en ellos se les dé algún poquito de terreno para tener en él sus animales, alegando se les pierden los que no tienen, no apartándose nunca de dejar de cumplir con la orden de V. E. que es de tener su casa y familia con el demás vecindario".

Cevallos no los quería dispersos en la campaña: les exigía que estuvieran concentrados en pueblo. Así la contestación de este General Gobernador del Río de la Plata fue categórica en el sentido de que si bien accedía a que Infante les entregara tierras para ubicar en ellas sus ganados "en el Pueblo —textual— han de tener su casa y familia".

Este punto de partida pesó sensiblemente y con gran fuerza en su ulterior proceso expansivo. Intenso, por la fuerza anímica de este elemento humano; irregular por la acción de la autoridad. Recién cuando se considere a San Carlos —1793— como Pueblo de nueva creación confiándose a don Rafael Pérez del Puerto las facultades

pertinentes, habrá una acción de conjunto en cuanto al agro. Este Ministro dará entonces de primera intención tierras a unos o confirmará en la posesión anterior a otros. Pero ya como comprenderá el lector, los lineamientos generales de la ocupación de la tierra por los particulares estaban trazados.

Vista en perspectiva de tiempo, la expansión territorial de nuestros isleños es hecho que produce admiración. Fue ella valiente, esforzada y tenaz. Sus vecinos fueron los pioneros de la región y puntales efectivos del dominio de España. Por otra parte hicieron de la Villa una Población próspera. Ella estuvo así en condiciones de poner al servicio del Rey de España, sus hombres, sus carros y el fruto de su trabajo.

Tomamos a este respecto uno de los infinitos documentos que existen. El perteneciente al año de 1766 y al todavía Comandante de Maldonado don Lucas Infante. "Los vecinos del Pueblo de San Carlos —expresa— que habían ido conduciendo las harinas al Río Grande han llegado todos a tiempo de poder recoger sus sementeras, las que han empezado ya a cortar sus trigos que están muy hermosos, por lo que contemplo quedarán este año bien puestos para pasar en adelante".

Esta visión de paz y prosperidad se esfuma al mes siguiente —enero de 1767— fecha en que el nuevo Comandante —don Francisco de la Riba Herrera— le dice a Bucarelli: "...con el poco número de buenos bueyes que me quedan me ha obligado a prevenir a los vecinos de la villa de San Carlos que abrevien el recogimiento de su cosecha, porque la mitad de sus carros, sacados por la suerte, han de estar prontos en el término de doce o trece días sin falta para conducir víveres a Río Grande y los restantes pocos días después, por caer en el inconveniente que vengan las lluvias, crezcan los ríos, se imposibiliten los caminos", etc.

El Capitán de Navío don Francisco Millau que pasó por nuestra Villa en el año de 1768 nos ha dejado una excelente descripción objetiva como Población y una adecuada captación de sus otros valores.

"A dos leguas al norte de este pueblo de Maldonado —expresa— y entre los dos ríos Grande y Chico de su nombre, se halla otro fundado con el de San Carlos. Es pequeño y se principió con algunas familias portuguesas que después de la toma del Río Grande admitieron establecerse en ese paraje; se han agregado a éstas otros vecinos españoles que se han casado entre ellas y todas juntas forman poco más el número de ciento.

"Tienen cultivada una extensión de pocas leguas, de la que no han conseguido hasta ahora esta Población mucho adelantamiento aunque su terreno es el más pingüe de ese país (como se reconoce por la mayor corpulencia de los ganados que en él se crían) por motivo de algunas pensiones a que está sujeta. La mayor parte de ellas es la obligación que tienen de contribuir con sus carretas y bovadas para la conducción de todo lo que se lleva del otro Pueblo al Río Grande, en la que se emplea siempre que se ofrece más de la mitad de su gente.

"La corta satisfacción que han conseguido determinar los asentistas de víveres a estos viajes, ciertamente no les compensa el costo y pérdidas que ocasionan, lo que junto con el gran perjuicio que padecen de estar todos los años mucha parte de cada uno de ellos fuera de sus casas, les tiene muy disgustados y los más con pensamientos de retirarse".

Tres años después que Millau acotara lo precedente, la Villa logró un régimen más liberal para su gobierno.

Acababan de producirse algunos rozamientos de entidad entre el Comandante de Maldonado y los vecinos de la Villa, a raíz de los cuales fue sustituido el de ésta que era Fernando Liñan por un militar muy capacitado: don Vicente Ximénez.

Esta circunstancia trajo otras innovaciones beneficiosas para la Villa.

Era por entonces 29 de julio de 1771 y el alcance de la disposición que por esa fecha tomó el Gobernador de Buenos Aires surge de lo que textualmente en ella se dice: "Prevengo a Vmd. —expresa Bucarelli al Comandante de Maldonado— que el Teniente del Regimiento de Dragones don Vicente Ximénez, Comandante del Pueblo Nuevo de San Carlos estará subordinado a las órdenes que Vmd. le confiera en los asuntos de armas y demás que tenga relación con el servicio del Rey solamente, pues en los civiles, criminales, económicos y políticos que se ofrezcan para su gobierno queda independiente y libre de aquella Comandancia".

Seguiría, pues, la Villa colaborando con la Comandancia de Maldonado en sus altos fines militares. En lo demás, salvo también los asuntos del real servicio, se mancharía con independencia.

Esta disposición del 29 de julio de 1771 venía a salvar —en parte— otra de las deficiencias que según hemos destacado, tuvo su establecimiento: el relativo al régimen para su gobierno.

San Carlos, rica en hombres —por su calidad y número— que aportaban a la región su valor espiritual y económico, por razón de su establecimiento inconcluso se vio obligada a luchar denodadamente en procura de su afirmación histórica.

Vamos a dejarla —por ahora— en ese su avatar apasionado de su expansión territorial y la lucha por la obtención de su gobierno, procurando en cambio mirarla por dentro, pulsando el no menos rico y cálido vivir de sus isleños.

Será éste el tema de nuestra próxima crónica.

Florencia FAJARDO TERAN

(Especial para EL DIA)

EL JIBARO PUERTORRIQUEÑO

"El alma de ilusiones anhelante,
"agudo ingenio, libre y arrogante,
"pensar inquieto, mente acalorada,
"humano, afable, justo, dadivoso,
"en empresas de amor siempre variado,
"tras la gloria y placer siempre afanado,
"y en amor a su patria insuperable;
"este es, a no dudarlo, fiel diseño
"para copiar un buen puertorriqueño."

La mezcla, pues, de aquellas tres sangres, en la integración del elemento autóctono en el territorio puertorriqueño, punto flotante, en el mapa antillano.

Habitantes de una tierra siempre sometida a las influencias exógenas, ya sea cuando la parte la cual hubo realmente pocos períodos en los que la isla vivió en constante alerta ante los dominios de británicos, franceses y holandeses, a fines del siglo pasado y hasta el presente, el puertorriqueño no obstante mantendrá siempre persistentes rasgos e impulsos.

El progreso económico, las transformaciones en las estrechas relaciones con culturas de origen primitivas imperantes en la Isla, no borrarán los rasgos que le dan individualidad. Y es en el pueblo, por lo tanto, que ya desde luego no puede ser el mismo el clásico de comienzos del siglo cuando Puerto Rico batía en la pobreza de una rudimentaria economía, donde vemos esas características en sus mayestras expectativas.

El Gíbaro y Jíbaro, es algo más que lo que el diccionario; el campesino boricua. Representa una mezcla que recoge en su esencia en la copiosa herencia costumbrista — para el puertorriqueño, lo más valioso y resistente y puro de la nacionalidad. En la combinación de sus características se señala la mezcla de dos rasgos del español y rasgos indios.

Aún hoy en pueblos y ciudades se ve y trata al campesino como un ser diferenciado del habitante de la ciudad, en su lenguaje, gestos, acciones y modos de sentir lo que el mundo aun cuando se confundan con los pobladores urbanos.

De antaño se distinguía entre el Jíbaro de la zona montuosa, y el de la llanura, trabajador de la zona agrícola. Pero su ambiente más propio era en los grandes campos y plantaciones de tabaco del centro de la Isla, el típico "bohío", misera vivienda, era parte del paisaje físico de la campiña puertorriqueña. Exponente de la vida hoy casi desaparecido o sustituido por la no menos onerosa de madera y zinc.

Así vivía el Jíbaro, como lo describiera el escritor puertorriqueño Luis Muñoz Rivera, padre del actual gobernador Luis Muñoz Marín: "Duerme bajo techo, pero como base de su alimentación cotidiana el malabarismo, el bacalao; mira a todos los burócratas, a los que opacaban con su impropio trabajo, por encima de él; ha aprendido entre las prácticas enervantes de la servidumbre el hábito de la sumisión; piensa que las leyes son un misterioso elaborado no con el propósito de protegerlos sino con el fin de oprimirlos".

Esa pintura del campesino, del Jíbaro de Muñoz Rivera, no es estrictamente, la del actual, desde luego el Jíbaro de hoy, como el de ayer, sigue en su parte adaptado al ambiente del interior, aunque modernos cambios de reparto de tierras, en algunos casos, hayan podido hacer que se sienta dueño de alguna "cuerdita" de tierra, pero le haya facilitado algún préstamo para sembrar y por su cuenta, tal como lo señala en enjundioso lenguaje de la cultura puertorriqueña, la escritora boricua Teresa Babin. Y aunque los programas de ayuda a las comunidades rurales, vayan poco a poco llevándolo a las tareas de la vida moderna y procurando elevar paulatinamente su standard de existencia.

Pero como el gaucha rioplatense, no ha perdido el apego al caballo, al que agrega su reconocida afición por las riñas de gallos.

Sus modalidades conservan, aunque con matices más tenues, los rasgos que exaltara el poeta Manuel Fernández Juncos, en hermoso poema aludiendo al "jíbaro de ayer":

"Siempre por igual propicios
"a las riñas y a las fiestas,
"lo mismo improvisa un baile
"que lo acaba o lo dispersa".

Pero es evidente que el "Jíbaro de ayer" tiende a desaparecer poco a poco de la realidad puertorriqueña. La isla se desarrolla y su escaso territorio facilita que la industrialización, la electrificación y las buenas carreteras hagan acelerar la transformación de su ambiente. Y no pocas cavilaciones provoca ese hecho y el que aque-



"Color moreno, frente despejada, mirar lánguido, altivo y penetrante".

CUANDO tratamos de conocer las más típicas tradiciones de un pueblo no recurrimos fundamentalmente a los habitantes de las grandes ciudades, sino que buscamos tales atributos en los pobladores campesinos, donde suponemos menos contaminadas las costumbres y más puros los rasgos de su individualidad.

En América Latina, por lo tanto, recurrimos para tales observaciones, aunque ligeras y determinadas por superficiales inquietudes de turistas o viajeros, a quienes siguen siendo la masa de los conglomerados sociales, el hombre del campo o de la montaña y aún de los grupos indígenas que atraen cuanto más han podido retener sus legendarias modalidades.

En Puerto Rico, esa regla se cumple, también. Tres elementos étnicos han sido señalados en la formación de su pueblo. Desde luego, y en fundamental dosis, el blanco español que llega con el descubrimiento, se afirma con la conquista y se desarrolla con la colonización. El indio precolombino que le precediera y que ha dejado en la cultura y en el folklore innumerables reminiscencias y por último el elemento africano, como consecuencia de la corriente de esclavitud que hacia 1513 comenzara a afluir a la zona antillana.

Los rasgos físicos y espirituales de este pueblo, han sido motivo de precisas semblanzas en numerosas páginas de su literatura en prosa y en verso. De entre esas citas, pertenecientes a autores fundamentalmente del de los siglos XIX y XX tomamos, por ejemplo, lo que Manuel A. Alonso dice en su famosa obra "El Gíbaro" cuando al hacer un diseño del habitante boricua, manifiesta:

"Color moreno, frente despejada,
"mirar lánguido, altivo y penetrante,
"la barba negra, pálido el semblante,
"rostro enjuto, nariz proporcionada,
"mediana talla, marcha acompasada".

Y cuando ya penetrando en el campo de las reacciones espirituales agrega, pintando a lo que él llama el puertorriqueño autóctono:



Trabajando en el cañaveral de azúcar.

Autos EMPRESA
de "Jockey Club" CAUSSI
Casamientos
Tels.: 40 11 36 - 40 11 37
Arenal Grande entre **RIVERA y LAVALLEJA**

típica de un estado social pretérito, sea atrapada
 ciudad industrializada y arrojada, por inadapatación,
 seros arrabales.
 duce añoranza, recorriendo la hermosa y plácida
 frece en su interior zonas de verdadero ensueño
 como ocurre en el Yunque, su montaña más alta,
 la ausencia paulatina del paisaje borincano, de
 entos humano y ambiental que las reminiscencias
 nos evocan con verdadero deleite.
 que va perdiendo paulatinamente realidad tangible.
 n que otro poeta puertorriqueño, Hernández Var-
 ara diciendo:

"Quien un cantar boricua
 "Esté buscando
 "Que suba por mi cuerda
 "A la montaña!"

Jibaro puertorriqueño, cumplido su destino, como
 se va diluyendo. Su silueta no puede sustraerse
 lución y cede paso, como trabajador manual, al
 e la máquina, que también va llegando a los ex-
 antios de caña de azúcar o a los vistosos cafe-

to Rico se desarrolla en todos los planos de la
 arando los problemas del presente con creciente
 y fortaleciendo su auténtica individualidad, mo-
 con soltura frente a aquellas influencias cultura-
 adopta en su medida aceptable, sin traicionar sus
 valores.

búsqueda de la prosperidad económica, y de la
 ia política, aparecen unidas en este pueblo de
 millones y medio de habitantes que pueblan poco
 12.000 kilómetros cuadrados, a un creciente es-
 lo cultural tendiente a mantener las vivencias
 gadas de su agitada historia.

Radamés BIANCHI

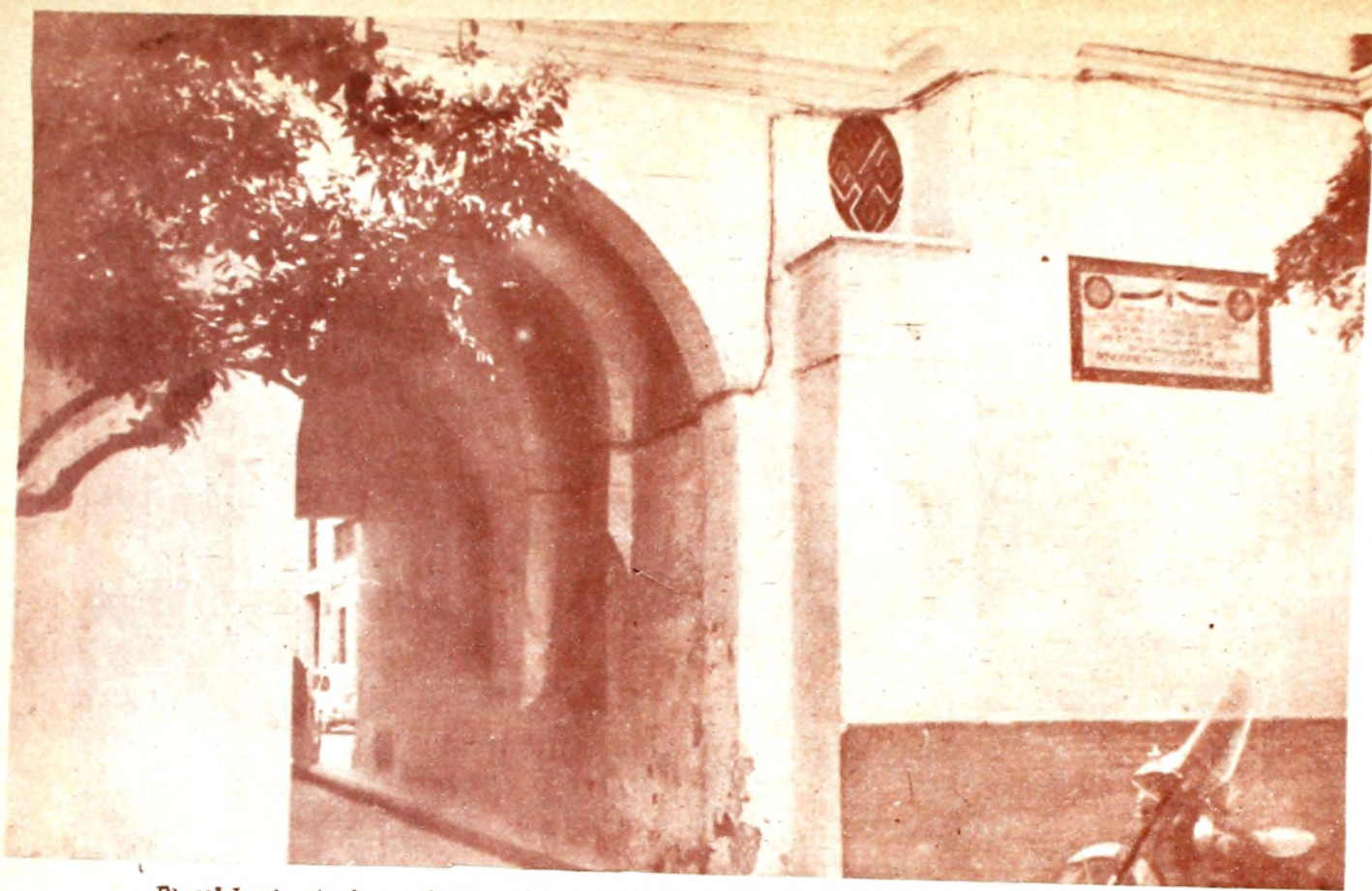
San Juan de Puerto Rico junio de 1963
 para EL DIA)



En la exuberante naturaleza del trópico, la silueta de humilde vivienda campesina.



En fértil y edénico valle; un secadero de tabaco.



El celebrado rincón sevillano, próximo al "postigo del Alcázar". (Fotografía del autor).

Apuntes de un viajero

EN SEVILLA, CON RINCONETE Y CORTADILLO

"CAPA, no la tenían; los calzones eran de lienzo, y las medias, de carne; bien es verdad que lo enmendaban los zapatos, porque los del uno eran a'pargatas, tan traídos como llevados, y los del otro, picados y sin suelas, de manera que más le servían de cormas que de zapatos. Traía el uno montera verde de cazador; el otro, un sombrero sin toquilla, bajo de copa y ancho de falda. A la espalda, y ceñida por los pechos, traía el uno una camisa de color de gamuza, encerrada, y recogida toda en una manga; el otro venía escueto y sin alforjas, puesto que en el seno se le parecía un gran bulto, que, a lo que después pareció, era un cuello de los que llaman valones, almidonado con grasa, y tan deshilachado de roto, que todo parecía hilachas". "Estaban los dos quemados del sol, las uñas caireladas y las manos no muy limpias; el uno tenía una media espada, y el otro, un cuchillo de cachas amarillas, que los suelen llamar vaqueros." Eran, hidalgo lector, Pedro del Rincón, natural de Fuenfrida y más conocido por *Rinconete*; y Diego Cortado, menor, nacido "en el piadoso lugar puesto entre Salamanca y Medina del Campo", más conocido por *Cortadillo*. E iban a Sevilla.

Fue a la oración cuando hicieron entrada en la ciudad por la puerta de la Aduana, "a causa del registro y almojarifazgo" que se pagaba. La puerta se había llamado antes de los "alcázares"; hoy, en nuestros días, es la calle

Núñez de Balboa. Entramos nosotros, recordando el delicioso episodio, también a la oración. Y otros no menos deliciosos. Por estas callejuelas que uno transita dando tumbos, por el aire embriagador de los naranjos floridos (oh, Plaza de Doña Elvira), seguimos los pasos picarescos de la yunta inmortal. Tal vez no todos. Muchas p. carav. vueltas y revueltas les hicieron a Sevilla y ni aun Cervantes en la ocasión contó toda su vida y todos sus milagros, porque los sucesos pedían "más lengua escritura". Pero estamos aquí, con los simpáticos cofrades, en la hoy Plaza de Jesús de la Pasión donde protagonizaron uno "de los más donosos episodios"; plaza llamada un tiempo de San Salvador, donde "bien de mañana se plantaron", y que se llamó más tarde *de la Fruta y del Pan*. Antes habíamos admirado, como ellos, "la grandeza y suntuosidad de su mayor iglesia" donde al levantarse el túmulo para las honras del rey Felipe II surgiera, de esa fabulosa vertiente que fue Cervantes, el soneto que comienza con aquel "Vive Dios, que me espanta esta grandeza". (1) No habíamos dicho que Sevilla es mucho, es abundantemente mayólica. Queremos decir que abundan en las decoraciones de sus patios primorosos — cálidos por su olor a glicinas, a verbenas, a jazmines, a azahares —, estas lozas impecables en que *filigranea* mucho el azul, con esmalte metálico. Y son en mayólicas las incontables leyendas que nos

recuerdan tanto resplandor literario. Ahora mismo, en "El Príncipe de los Ingenios españoles Miguel de Cervantes Saavedra menciona estas gradas (calle Amalia) gradas están cuidadosamente restauradas), luego, en la novela ejemplar "Rinconete y Cortadillo. MCMXVI". De manera que asomaban al recuerdo los abispones. Cuando Rinconete, "era curioso" le pregunta a Monipodio de qué se trataba en la cofradía personajes "tan canos, tan gruesos, tan sonados", obtiene por respuesta que en su manera de hablar aquellos se llamaban *abispones*, y servían de andar de día por toda la ciudad española, qué casas se podía dar tiento de noche, y a qué hora que sacaban dinero de la Contratación, o a qué hora de Moneda, para ver dónde lo llevaban, y aun dónde lo llevaban, y en sabiéndolo, tanteaban la grosseza del tiro, para casa y diseñaban el lugar más conveniente para hacerlos guzpataros — que son agujeros — para facilitar el trabajo, tentándose nuestro pícaro en hacerse de abispones porque además los abispones eran "temerosos de Dios" de sus conciencias, que cada día oían misa en una devoción".

Fuerza es separarse alguna vez. Ya al salir del trapisondas, el fabuloso Monipodio ordena: "Rinconete, el Bueno y a Cortadillo se les da por distribuir el domingo desde la Torre del Oro, por defuerza de la ciudad, hasta el postigo del Alcázar, (2) donde se mediará bajar a sentadillas con sus flores: que yo he visto de menos habilidad que ellos salir cada día con veinte reales en menudos, amén de la plata, con una raja sola, y ésa, con cuatro naipes menos". El día siguiente, estamos ahora, antes de dejar al paciente lector, una vez las mayólicas certifican la existencia del "postigo del Alcázar, que estuvo próximo a éste" que se ve en la fotografía.

Sin embargo no habíamos dicho tampoco que es mucho, es abundantemente también nombre de un hombre sugeridor, nombre univale, de fuerza, de poder, de gracia; porque sus encantadoras callejuelas y sus patios están hechas a bolillo por un milagroso bordado de pimienta, Agua, Vida...



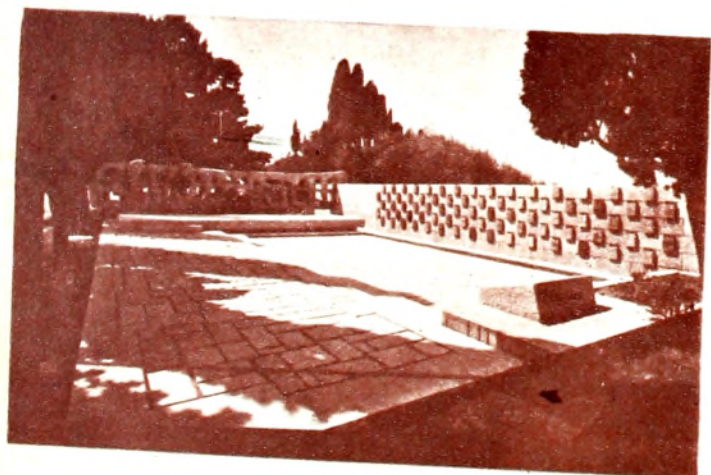
Las mayólicas de tan grata recordación. (Fotografía del autor).

Pero hay mucho que decir de Sevilla y muchos Cervantes, y hoy no haremos otra cosa que detenernos en estos jóvenes trapaceros de tan agradable recordación.

Julio IMBERNIZ

(Especial para EL DIA)

(1) Ya entre los muros de la Iglesia Catedral se encuentra una destacada mayólica rectangular donde se lee este recuerdo.
(2) Llámase postigo a una puerta falsa o no principal que da a la ciudad, de una villa, y aun de un lugar importante determinado como éste del Alcázar, con jardines deliciosos.



En su viaje por el Viejo Mundo, el Dr. Ricardo Cappeletti, integrante del Comité Central de la Cruz Roja Uruguaya, visitó los campos de SOLFERINO, cercanos a Brescia (ITALIA). Con ferviente espíritu y con emoción, cumplidos 100 años de creación de la Cruz Roja Internacional, expresa detalles de esa visita al lugar de emplazamiento del monumento a HENRY DUNANT, inspirador de la Cruz Roja.

*

ESTE es el título de la obra escrita por H. Dunant, después de haber presenciado los horrores de la batalla librada, en las colinas del mismo nombre, en junio de 1859, obra que a pesar de sus 100 años de publicada, no

UN RECUERDO DE SOLFERINO

es suficientemente leída, ya que las ideas en ella sustentadas, constituyen una de las bases fundamentales de nuestra civilización y tienen sin duda alguna plena vigencia en los días que corren. Pero este recuerdo de Solferino, es el de un modesto ciudadano, que no quiso perder la oportunidad de un viaje por Europa, sin ver el teatro de esa terrible lucha y sobre todo el monumento erigido en aquel lugar por la Cruz Roja Internacional al cumplirse los 100 AÑOS de esa humana y luminosa idea, como un recuerdo perenne de reconocimiento a HENRY DUNANT.

Cuando llegué a la Ciudad de Brescia, llamada la Leona de Italia, por haber sido sus hijos los que soportaron el peso de la lucha, en los primeros momentos entre los ejércitos tedescos y franco-italianos, traté de inmediato de ir hasta Solferino — a unos 40 kilómetros de aquella ciudad. Era fin de semana. Como en todas partes del mundo, las ciudades parecen desiertas, pero ese sábado encontré en una agencia de Brescia a dos ciudadanos que al ver mi entusiasmo por llegar a Solferino, uno de ellos, Don Ottorino Schiffo, se ofreció para llevarme en su propio auto hasta el histórico lugar. Y aquella mañana, diáfana y hermosa, marchamos a ver lo que tanto ansiaba.

Nos fuimos acercando a la zona histórica donde se libraron las dos importantes batallas: la de "SAN MARTIN" y de "SOLFERINO". Las colinas de este último lugar, están hoy totalmente convertidas en jardín y podemos apreciar la existencia de algunos barrios en los mismos lugares en que se desarrolló la batalla. A una altura próxima a los 100 metros nos encontramos con una placa de mármol que conmemora la batalla, la fecha de la misma

y el número de víctimas de cada ejército. Allí, en "sangrienta y espantosa lucha" como dice Dunant, las mayores fueron para los franceses y los austriacos. Tras tanto, llegó la "Custodia", como llaman a la entrada del museo, donde pudimos ver armas y trajes de guerra por los combatientes, firmar el libro de los visitantes, luego subir un poco más hasta llegar al lugar del monumento erigido por la Cruz Roja, que es la foto de la página.

Es un monumento muy original, como puede verse, no sólo en su concepción artística sino en su ejecución, en su marcada sencillez, sin fechas, sin frases sonantes, un auténtico monumento erigido por una institución como lo es la Cruz Roja Internacional: sólo el nombre de los países que contribuyeron en forma por el original. Pues lo único que se solicitó a cada Sociedad Nacional de Cruz Roja fue el envío de un bloque de granito de determinadas medidas con el nombre esculpido del país que lo enviaba. Y así entre los 62 bloques, apenas filiales que se aprecian en el muro frontal, en la tercera fila paralela se encuentra en el tercer lugar, con referencia al ciprés de la derecha, el nombre de Uruguay. Hay países de América y felizmente el nuestro estuvo presente. Uno de los asociados obtuvo el bloque de granito, lo esculpió; otro consiguió que la Compañía Italiana de la vegetación lo condujera, sin gasto alguno hasta el puerto de Génova y debe destacarse además que los obreros del puerto de Montevideo, lo cargaron en forma honoraria, homenaje a la Cruz Roja. ¡Qué hermoso y fácil es para una institución de tan grande y hermoso prestigio

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS

TEMPRANO LAS WOO-MOOS CONDUJEN A SUS PRISIONEROS HACIA UN LUGAR DESCONOCIDO.

ESTAN ANSIOSAS DE LLEVAR-NOS DE VUELTA.

ESPERO QUE NO SEA UN FUMERAL.

LUEGO DE LARGA JORNADA APARECE EN EL HORIZONTE LA FORTALEZA WOO-MOOS.

IMAGINATE, TARZAN: UNA VILLA LENA DE MUJERES Y YO CONDENADO A MUERTE.

SON MUJERES EXTRAÑAS. SU FUERZA ES INCREÍBLE.

LA PRIMERA VEZ QUE VEO ESTE PORTÓN, YO ENTRÉ POR EL CIELO Y ESCAPÉ POR SOBRE EL MURO.

ES COMO ENTRAR EN OTRO MUNDO.

Tr. Reg. U. S. Pat. Off.—All rights reserved
Copr. 1962 by United Feature Syndicate, Inc.

PRIMA. MIS FELICITACIONES POR CAPTURAR A CAL COLIN.

NO QUIERO CREER TARZAN QUE TÚ ESTES EN NEGOCIOS CON ESTE CRIMINAL.

1650

PRIMERO, D'AMA, NO ESTOY EN NEGOCIOS CON ESTE CRIMINAL. SEGUNDO: CREO QUE ES INOCENTE.

INOCENTE? MIRA, TARZAN, MUCHOS DE NUESTROS ARTEFACTOS DE ORO FUERON ROBADOS POR ESTE CORDERITO INOCENTE.

Y LOS OTROS DOS HOMBRES DEJANDO A CAL DETRÁS DE LAS OTRAS COSAS.

QUE QUIERES DECIR?

TUS LINGOTES DE ORO D'AMA. APUESTO MI VIDA A QUE VUELVEN. ENTONCES TÚ LES DAS TODOS LOS QUE PUEDAN CARGAR EN EL HELICÓPTERO.

QUE? TRAIADOR? Y ME DICES QUE ERES INOCENTE Y NO PARTICIPAS DE SUS FECHERÍAS?

GUARDIAS! LÉVENSE A AMBOS LUGARES DE LOS SACRIFICIOS!

EN AGOSTO...



Las 4 en las 3 vencen otra vez!

AUTENTICAS REBAJAS*

\$ 5⁹⁰
MT.

Franela estampada y géneros de lana lisa, en gran variedad de dibujos y colores

\$ 9⁵⁰
MT.

Géneros de lana escoceses, rayados y fantasía

\$ 10⁵⁰
MT.

Géneros de lana melange, lisos y a cuadros

\$ 39⁵⁰
MT.

Paños velour, tweeds, romain y crepes de lana lisos, pied de poule, géneros de lana escocés y paño fantasía. Ancho 1.40

\$ 49⁵⁰
MT.

Pelos de Camello, ottomanos y gros de lana lisos, escoceses de lana peinada, paño liberty, charmelaines, lanas lisas. Ancho 1.40

\$ 59⁵⁰
MT.

Mohair, gabardinas, duvetinas, ottomanos, géneros de lana labrados, pelos de camello, charmelaines y lanas fantasía

**DESTACADA
OFERTA**

Forros para tapados en todos los colores. Ancho 0.95, el metro

\$ 950

Y OPORTUNIDADES SIMILARES EN
TODAS LAS GRANDES SECCIONES
DE LAS 3 AVENIDAS Y...



ESTAS OFERTAS
RIGEN DESDE
EL LUNES 29 de JULIO

Clientes del Interior: Dirijan vuestros pedidos a nuestra CASA MATRIZ. Av. Agraciada 2302 y M. Sosa - Tel. 200961

SUC. GOES: Av. Gral. Flores 2341 Tels. 24200 - 24300 - 24400

SUC. CORDON: Av. 18 de Julio 1601 - Tel. 404111

SUC. CENTRO: Av. 18 de Julio 958 casi esq. Rio Branco - Tel. 94059